

Los signos y su proliferación. El Yo como problema del discurso fichteano

Con motivo de la segunda serie de conferencias dedicadas a la «Doctrina de la ciencia» (= 'D.C.') en 1804¹, Fichte clausura su primera sesión con una resignada profecía. Tal profecía va tramando una síntesis entre su destino personal y el de las diversas exposiciones conferidas a su 'D.C.', de modo que ambos quedarán estrechamente ligados a la «diminuta palabra yo» (das Wörtlein Ich)².

«La diminuta palabra yo —subraya Fichte—, bien podría ser en definitiva, el único fruto de la vida de Kant y de la mía propia, entregada enteramente a la ciencia —ésto, si se me permite nombrarme tras él»³. Mediante este enlace explícitamente manifiesto entre el destino de la 'D.C.' con el del trascendentalismo kantiano, Fichte se asegura ese mínimo punto de referencia histórico-filosófico, que le permitirá al menos la apariencia de un co-

1 Para una mejor comprensión del clima psicológico en que Fichte impartió las tres series de conferencias sobre sus 'D.C.' en 1804 en Berlín, sería conveniente recordar que éste había perdido «en la primavera de 1799 su cátedra de filosofía en Jena, recriminado por ateísmo» (Lauth: Introducción a *Die Wissenschaftslehre. Zweiter Vortrag im Jahre 1804*, Felix Meiner Verlag, Hamburg 1975, p. XVII). Después de lo cual, se vio obligado y reducido a ofrecer unas clases privadas para poder subsistir en Berlín. El carácter del Privatissimum se destacaría por un círculo de oyentes verdaderamente ilustre, que acudía regularmente cuatro veces por semana a su domicilio habitual «Commandantenstrasse, n. 9» de Berlín, por un honorario de dos Friedrichs d'or (Lauth, *ibid.*, p. XVIII). El desplazamiento forzoso que sufrieron sus conferencias, desde la universidad a la residencia privada de Fichte —se podría conjeturar— dejaría sentir su influencia tanto en el contenido como en el estilo de su nueva versión de la 'D.C.'.

2 Fichte, *Die Wissenschaftslehre. Zweiter Vortrag im Jahre 1804* (Felix Meiner Verlag, Hamburg 1975) p. 12.

3 *Ibid.*

mentario o crítica de un texto canónico. Pero en realidad, el peligro que desde el primer momento venía acechando a la 'D.C.' como «uno de los sistemas filosóficos posibles»⁴, procedía menos del exterior —es decir, de una crítica competente— que de la dificultad de cómo exponer su propio principio, exclusivamente absoluto⁵. Por eso, pondrá todo su empeño en sacar a la luz ante su público, ese punto precario de lo real que tenderá, por otra parte, a desfigurarse y oscurecer su diáfana evidencia, debido a una proliferación constante de signos y palabras. De ahí que, en comparación con esa proliferación de signos y palabras, la máxima eurística lanzada por el conferenciante —a saber: «dejémonos de signos y palabras»⁶—, se vea reducida a un gesto impotente. Así de radicalmente se debe designar desde el comienzo el origen mudo de esa proliferación, por la misma subjetividad del conferenciante. «Yo, —exclama Fichte, cuando intenta concretizar la intención de su discurso—, con esta palabra quisiera ser considerado mudo y ausente, debiendo entonces ustedes ponerse en mi lugar»⁷.

El yo del conferenciante de la 'D.C.' sólo podría así pronunciar un discurso, en tanto que enmudece y desaparece, imponiéndose entonces la necesidad de ser «sustituido» por los demás como presentes (y) oyentes. Sólo cuando se produce esa condición previa, bajo la cual es posible la sustitución del yo enmudecido del hablante, queda garantizada la posibilidad de que pueda comenzar a constituirse un «objeto» del discurso totalmente nuevo, por la ausencia perceptible de dicho hablante. Pero a la vez, el peligro estriba en que el mismo discurso intenta argumentar y motivar la desaparición imprescindible del yo del conferenciante, se disocia en un «habla de la pura y

4 Ibid., p. 6.

5 Ibid., p. 58.

6 Ibid., p. 63.

7 Ibid., p. 5.

vacía nada, o sea, un sonido hueco, un simple soplo verbal, una mera conmoción del aire, y nada más»⁸. En el discurso van proliferando únicamente signos y palabras, sin que se procure con ello «objeto» alguno a la 'D.C.'. En un habla de esta índole empírico-patológica, el concepto dado a la 'D.C.' solamente enriquecería la oscura semántica de la «diminuta palabra yo», quedando así imperecederamente unida a la persona de Fichte. Sin duda alguna, el conferenciante invierte en su 'D.C.' de 1804 el riesgo de que su proyecto, sumamente preciso, acabe por asociarse fatalmente a su nombre, como símbolo del fracaso psicológico de la «diminuta palabra yo». Y en última instancia, la versión (Darstellung) de su 'D.C.' se convertiría en un compendioso protocolo de ese fracaso. «El conferenciante —precisa Fichte, refiriéndose a la aventura que supone su nueva conferencia sobre el «concepto» de la 'D.C.'—, sólo puede indicar las condiciones del conocimiento (Einsicht): condiciones que cada cual deberá efectuar por sí mismo, incluso arriegando su vida intelectual (geistiges Leben) con todas sus energías, y de este modo el conocimiento se producirá por sí sólo sin intervención alguna»⁹. Estas condiciones precarias que facilitan la comprensión del concepto de la 'D.C.', van acompañadas de la insistencia sintomática de unos signos lingüísticos, los cuales en un momento dado se revelarán repentinamente como traicioneros. Estos signos lingüísticos retienen al yo del conferenciante, y por consiguiente su desaparición, inscribiéndolo en un plano legible, en el que las intenciones del yo del conferenciante parecen dobles por el «contrasentido» producido¹⁰. Pero aquel que arriesga su «vida intelectual» con todas sus energías, arriesgará también la

8 Ibid.

9 Ibid., p. 4.

10 Cf. Goethe, 'Toda palabra pronunciada incita su contrasentido', en *Wahlverwandtschaften*, Goethe, Sämtliche Werke in 18 Bde. (Artemis Verlag, DTV, Zürich 1977) tomo 9, p. 161.

muerte de la misma, al alto precio de la locura. Es un hecho que para los no iniciados en la 'D.C.', su propósito pudiera parecer un 'tanto increíble y demencial'¹¹. Precisamente sobre esa cuestión se centra la novena conferencia de Fichte; cuando por otro lado en la primera aún se mostraba optimista, respecto a aquel punto problemático y arriesgado de su sistema que caracterizaba como «lo desconocido». «No se trata aquí en absoluto de un objeto conocido de una u otra forma, sino de algo totalmente nuevo e inaudito; algo enteramente desconocido para todo aquel que no haya profundizado concienzudamente en la 'D.C.': para llegar a lo desconocido no hay otro camino que producirlo cada cual en/por sí mismo; pero sólo se producirá bajo la condición de que él mismo, la persona, produzca algo, a saber: la condición de esa auto-producción (Sicherzeugen) del conocimiento. Quien no realice lo anteriormente dicho, nunca obtendrá el objeto del que aquí hablamos y —siendo que tratamos exclusivamente tal objeto—, ese alguien se quedará sin objeto alguno»¹².

En otras palabras, aquel que escuche el discurso en torno a la 'D.C.' sin ser capaz de producir en sí mismo las condiciones bajo las cuales el objeto surgiría automáticamente, se detendrá y fijará distraídamente tan sólo en todos sus efectos aparentes y superficiales, sacando así únicamente derivaciones de un extenso discurso vacío. Por eso, todo aquel que no espere el conocimiento dentro de sí mismo, quedará absorbido por los múltiples fenómenos retóricos o lingüísticos de un yo empírico. Con su elocuente mudez, el conferenciante planea motivar a su público oyente a que dirija «su mirada interior (geistiges Auge) al punto que hemos de considerar, desde los objetos entre los que solía vagar hasta ese momento; aún cuando únicamente así se le conceda existencia a ese punto»¹³.

11 Fichte, *ibid.*, p. 89.

12 *Ibid.*, p. 4 y ss.

13 *Ibid.*, p. 5.

Pero frecuentemente, los oyentes tienen una fuerte disposición a equivocarse con respecto al destino de la 'D.C.'¹⁴. Por ejemplo, tienden a «concebir la vida sólo desde una perspectiva histórica y simbólica»¹⁵, «atrapados por esa evidencia fáctica de lo real»¹⁶, que les impide liberarse en dirección «hacia una vida verdadera»¹⁷ en el sentido de la 'D.C.'. Así, cuando los oyentes conciben esa conferencia —que en realidad se propone introducirlos en los prolegómenos del sistema fichteano— desde un ángulo histórico-simbólico, sólo consagrarán su atención a la persona del autor de la 'D.C.' en un primer plano. Con ello, suelen sustituir la ausencia intencionada del yo del conferenciante por su propio yo empírico-patológico. Comprensibles son pues los lamentos de Fichte ante una época que únicamente identifica la vida con «lo real», cuando ya se ha convertido en algo «histórico y simbólico». En una época de este signo, el filósofo ha de soportar la «incomodidad» que supone «no saber dónde buscar a los hombres, ni dónde encontrarlos»¹⁸.

En una época caracterizada esencialmente por esos rasgos histórico-simbólicos (como la cultura cuasi-judía del kantianismo), la pérdida de la «vida verdadera» conlleva consigo la desaparición de aquellos hombres «dispuestos a arriesgar su vida intelectual con todas sus energías». Lo que restaría entonces es que un individuo —como Fichte—, dedica su vida enteramente a la ciencia para abrir brecha a través de esta facticidad fijada histórica y simbólicamente por la «diminuta palabra yo». Esto significa que, la 'D.C.' asumiría la tarea de reconstruir dicha facticidad en el orden de la conciencia, como resultado de una apertura secundaria de lo Absoluto.

14 Ibid.

15 Ibid., p. 3.

16 Ibid.

17 Ibid.

18 Ibid.

Por otra parte, la facticidad en una época en que «los enemigos más impetuosos de la ciencia ocupan el lugar de un público ya extinguido»¹⁹, bien pudiera representar una ocasión histórica para el surgimiento de un dispositivo místico-renovador, en el círculo erudito de una sociedad secreta.

El texto en que Fichte resume su ensayo dedicado al concepto de la 'D.C.' —escrito trece años después de la primera edición—, aparece inundado de cifras «históricas y simbólicas», todas ellas extraídas del vocabulario espiritual de la Sagrada Escritura. «Resulta meridianamente clara una frase —apunta—, que asegura ella sólo y en sí misma, la posesión de la verdad reservada a la humanidad. Aún cuando esa verdad no se podrá abandonar a favor de aquellos a cuyos ojos asoma una odiosa abominación, porque revela su propia corrupción»²⁰. Partiendo de que sólo el anacoretismo de una persona única, pudiera reservar la posesión de la verdad a la humanidad, muy bien pudiera significar que la Doctrina fichteana, ya desde el principio, nunca reservó espacio alguno para otra persona. Incluso de un crítico tan prometedor como el joven Schelling, Fichte guardó la sospecha de que no tenía otra ambición que «aventajar a áquel, a quien nunca podía comprender de forma hilada»²¹. Según esto, no sólo la «exposición» de la 'D.C.' —al menos hasta 1806—, se vio limitada a una exclusiva versión «completa» del autor mismo, sino que también es evidente que existían razones inmanentes que impidieron sistemáticamente cualquier recepción correcta, por parte de los contemporáneos de Fichte. Desde un punto de vista retrospectivo, parece además como si el problema de la «Darstellung» —en cuanto al tema y contenido de la 'D.C.'—, estuviera dema-

19 Fichte, *Bericht über den Begriff der WL und die bisherigen Schicksale derselben*, Fichtes Werke, tomo VIII, p. 376.

20 *Ibid.*, p. 379.

21 *Ibid.*, p. 403 ss.

siado íntimamente ligado a la personalidad de su autor, o lo que es lo mismo, a una forma específicamente «psicológica» en la que el concepto sólo podría salir a la luz mediante la patente desaparición didáctica del yo del conferenciante. De este modo, todo aquel que «escuchó y comprendió» los «Prolegómenos para una exposición futura de la Doctrina de la Ciencia de 1804», recibió quizá «un concepto correcto, adecuado y aprobado por el mismo autor de la 'D.C.'»²². Sin embargo, ello podría significar paradójicamente que, de esa manera no percibieron «ni una sólo chispa de la 'D.C.' misma»²³.

Con todo, la cuestión en torno a la 'D.C.' se nos revela indesligable del anhelo que su autor abrigaba de que su sistema —como «todo sistema filosófico»—, existiera «únicamente fuera de la historia»²⁴.

Pero, fuera de la «historia» impera la eterna «furia de la histeria» —como muy sinceramente demuestra la autobiografía de Jung Stilling—²⁵.

WALTER GARTLER

(Versión castellana de Gema Suelves)

22 Fichte, *Die Wissenschaftslehre. Zweiter Vortrag im Jahre 1804*, p. 6.

23 Ibid.

24 Ibid., p. 8.

25 Johann Heinrich Jung-Stilling, *Lebensgeschichte* (Darmstadt 1976) pp. 308, 387, 397 entre otras.